

L A e d u c a c i ó N c o l o n i z a d A y l O p ú b l i c O c o m O v a l o R

encarnación N sot O góme Z

La educación ha sido históricamente un territorio colonizado por la política, la economía y en definitiva por las ideologías y doctrinas. Todos han encontrado en ella un instrumento valioso que actúe como correa de transmisión de sus ideas, dogmas y propósitos.

Actualmente estamos asistiendo a un nuevo y poderoso ataque ideológico disfrazado por la emergencia económica, donde los incisivos ajustes en sanidad y educación justifican la sospecha de que la crisis económica se está aprovechando para imponer un modelo de organización privada del servicio público. Una medida que en pocos meses derribará los avances que en justicia social, igualdad y comprensividad han venido caracterizando la educación pública española durante estos últimos treinta y cinco años. Estos recortes que afectan fundamentalmente y por el momento, al aumento de la ratio en las aulas, a la intensificación de la jornada docente en todas las etapas del sistema y recientemente, al cierre de centros rurales en algunas comunidades autónomas, debilitando así los escasos recursos que tenía el sistema público de enseñanza para atender la compleja diversidad de contextos y aulas de sus centros.

Al mismo tiempo, estas políticas sociales y económicas neoliberales difundidas por los poderosos medios de comunicación de masas, han contaminado nuestra forma de vivir (valores, actitudes, estilos de vida y expectativas) durante estas últimas décadas y han estimulado un lento y paulatino abandono de las políticas sociales en Europa y otros países del marco Internacional y actualmente y de forma precipitada en España (Pérez Gómez; Torres Santomé; Gimeno Sacristán; Fernández Enguita). Estas condiciones han transformado radicalmente el escenario de socialización para las nuevas generaciones que se incorporan al sistema educativo.

Conocer el sentido de la enseñanza en el escenario actual de intercambios sociales constituye un debate abierto, complejo y controvertido. Un camino en permanente discusión, un lugar transitado por todos y conocido realmente por muy pocos: el sentido de la escuela en la era digital.

Este vértigo contamina de riesgo, flexibilidad, confusión, fragmentación e incertidumbre las repuestas que el medio social nos requiere. Las enseñanzas de la vida y las costumbres del pasado no son suficientes para afrontar los desafíos del presente y las exigencias del futuro (Wells y Claxton, 2002). Unas medidas que aterrizan en una escuela que como el resto de las instituciones sociales, se encuentra zarandeada por este vendaval de inestabilidad e incertidumbre. Los docentes que en otra época hemos disfrutado del monopolio del conocimiento nos encontramos ahora, sumidos en la perplejidad, a la búsqueda del sentido y utilidad de lo que hacemos y enseñamos (Pérez Gómez, 1998).

En síntesis, estamos viviendo una época de grandes y acelerados cambios que plantea retos ineludibles a los sistemas educativos, a las escuelas, al currículum, a los procesos de enseñanza y aprendizaje y, por supuesto, a los docentes. Las reformas parciales sin sentido global ya no son suficientes. Se requiere reconsiderar de manera sustancial el concepto de aprendizaje y los procesos de enseñanza.

Como decía Maturana (2007) «*si la actividad educativa cae en lo instructivo... queda negado lo más fundamental de lo educativo, como lo es la propia convivencia humana, única dinámica que hace posible que las personas tengan presencia*».

El reto de la escuela contemporánea se sitúa en la dificultad y necesidad de transformar el torrente desordenado y fragmentario de informaciones en conocimiento, es decir, en cuerpos organizados de proposiciones, modelos, esquemas y mapas mentales que ayuden a comprender mejor la realidad, así como en la dificultad para transformar ese conocimiento en pensamiento y sabiduría (Pérez Gómez, 2003). Un reto complicado, ante las miopías interesadas de los políticos actuales que vuelve a recaer en la imaginación y generosidad de los profesionales comprometidos con la educación.

Autonomía y educación: el sentido de lo humano

Para Pérez Gómez, A. (2007) la escuela no puede eludir, hoy menos que nunca, su función educativa, entendiendo por educación el proceso por el cual ofrecemos **la oportunidad a cada individuo de forma aislada y/o cooperativa de cuestionar el valor antropológico de los influjos que ha recibido en el proceso de socialización**. Es decir, la oportunidad de conocer y cuestionar el origen, sentido y valor de los significados que forman sus modos de pensar, sentir y actuar. La educación trasciende los límites de la propia cultura de la comunidad que rodea la existencia de cada individuo, para poder acceder a los significados de las culturas más distantes en el espacio y en el tiempo, aceptando y reconociendo el carácter contingente de los significados construidos por la comunidad humana.

«No se nace individuo –decían–; se llega a serlo, superando el desorden de los apetitos, la mezquindad del interés privado y la tiranía de los apriorismos.» (Finkielkraut, 1993)

Para Merieu (1998), el ser humano se convierte en sujeto cuando es capaz de superar y trascender los estrechos límites de su cultura local, las determinaciones de su contexto y comunidad presencial o virtual; cuando se apropia de los interrogantes que han constituido la cultura diversa de la humanidad, los saberes plurales que ha construido en respuesta a dichos interrogantes, pero sobre todo cuando es capaz de comprender el carácter provisional de los mismos y subvertirlos con sus propios interrogantes y respuestas construyéndose a sí mismo como sujeto en el mundo, heredero de una historia que le permite comprender el presente e inventar el futuro. **Desde la perspectiva educativa el sujeto humano no es un individuo en construcción, sino un sujeto que se construye.**

Un sujeto que se construye *sin perder la dimensión humana*. Educar, como han destacado diferentes pedagogos, no es solo transmitir cultura, conocimientos, hechos, informaciones más o menos empaquetadas, aunque parezca que sea el único resquicio que la política permite. Educar, por tanto, es provocar el crecimiento de ciudadanos críticos y autónomos capaces de construir un proyecto de vida personal.

«...un proyecto que facilite el desarrollo de la razón y de la emoción de sentirse humano, que le ayude a convertirse en sujeto crítico de sus propias elaboraciones y conductas, la razón con minúscula de cada uno como consecuencia del contraste reflexivo con las razones de los demás, cercanos y lejanos. Vivir, interpretar, reproducir y recrear la cultura en la escuela, más que aprenderla académicamente, requiere la misma amplitud y flexibilidad que la vida, es decir, concebir el aula y el centro escolar como un forum abierto y democrático de debate» (Pérez Gómez, 1998).

Por tanto el sentido «educativo» de la escuela, a mi entender, no es solo buscar el éxito académico sino sobre todo el éxito vital. Los retos actuales del sistema educativo coinciden con las finalidades básicas de las sociedades que creen en la democracia como forma de organizar la convivencia social:

Favorecer la cohesión social mediante el incremento de la igualdad de oportunidades entre los individuos que componen la comunidad social.

Promover la construcción de la identidad subjetiva de los ciudadanos, de modo que puedan comportarse con autonomía y responsabilidad en los intercambios sociales, personales y profesionales.

Es obvio que este propósito educativo requiere una escuela distinta, fundamentalmente de carácter público y, por supuesto, una nueva concepción de la función docente. Se requiere una escuela diversificada, flexible y comprensiva donde el conocimiento sea interdisciplinar, que surja como construcción social contingente, útil y relevante, flexible y emergente, actual y original, con una metodología sensible a los ritmos diferentes de cada individuo, donde lo importante no es la explicación del profesor o la profesora sino el trabajo singular de cada aprendiz, donde prime la actividad, la autenticidad, las vivencias y la experimentación, la participación y la cooperación. En definitiva contextos que permitan reforzar la autoestima y ofrecer confianza, la comunicación, la autonomía y responsabilidad y por supuesto la reflexión. Procesos todos que el docente tiene que aprender a diseñar, estimular, orientar y valorar con la presencia poderosa y omnipresente de las TIC y en particular de la red de redes.

Es obvio que el sistema educativo ha de preparar a los estudiantes para que manejen y resuelvan situaciones en el futuro, bien distintas, por lo general, a las situaciones que rodean el presente. Para afrontar situaciones desconocidas en los ámbitos profesionales, sociales o personales en los contextos abiertos, cambiantes e inciertos, los individuos requieren capacidades de aprendizaje de «segundo orden»: aprender cómo aprender y cómo autorregular el propio aprendizaje. En definitiva, en este momento histórico, la educación se relaciona más que nunca con el desarrollo de la mente que aprende. Las escuelas deben procurar la formación de las nuevas generaciones para un mundo en el que el futuro impredecible requiere capacidad de adaptación, iniciativa, creatividad y tolerancia a la ambigüedad y a la incertidumbre. El niño, la niña, los jóvenes, y toda la población en general, tienen el reto educativo de aprender que ellos también pueden y deben ser protagonistas de esta historia y de convertirla en su historia.

El docente como profesional activo y autónomo

Para enfrentarse a estos retos necesitamos docentes con competencias profesionales más complejas que las exigidas tradicionalmente: la mirada ha de trasladarse a un profesional capaz de diagnosticar, diseñar, desarrollar y evaluar procesos de forma individual y coordinada. El docente no puede seguir definiéndose solo desde la adquisición de un conocimiento experto en el ámbito disciplinar sino también en los procesos y variables que ayudan a construirlo de forma crítica.

El docente además se convierte en referente y modelo de comprensión, reflexión y acción ante las situaciones cotidianas que asaltan nuestro mundo social y cultural desde el punto de vista personal y en cooperación con los demás.

Del mismo modo que los estudiantes tienen que reconstruir sus conocimientos y actitudes previas, también los docentes hemos de reconstruir nuestras ideas previas, actitudes y hábitos sobre qué y cómo enseñar y evaluar. La transformación de la cultura arraigada en creencias y hábitos requiere métodos y estrategias que incluyan de forma continua y convergente la investigación y la acción, la práctica y la reflexión de los propios docentes para mejorar su práctica.

Siguiendo a Stodard (2009), debemos considerar un nuevo énfasis en el componente pedagógico de la profesión docente, abandonando la idea de los docentes como trabajadores en la cadena de montaje y considerarlos como profesionales con capacidad para diagnosticar y planificar en función de las necesidades cambiantes y singulares de cada individuo. Recuperar el estatus profesional del docente supone poner en sus manos el proceso de desarrollo de todos y cada uno de los estudiantes, de sus potencialidades únicas y singulares; considerar el currículum y el contexto organizativo como variables dependientes. La sociedad en general y sus representantes políticos en particular deben plantear qué capacidades y competencias necesitan los ciudadanos contemporáneos, pero no pueden decir a los docentes cómo desarrollarlas, qué enseñar y cómo enseñar.

En definitiva el docente desarrolla una función compleja y cuajada de matices. Un rol que empieza con la conexión con el mundo del conocimiento, la cultura, conceptos, modelos, teorías, continúa como

modelo, desde la reconstrucción de sus vivencias y experiencias y promotor de conductas, actitudes, habilidades y finaliza con la tutorización y orientación de los procesos de crecimiento autónomo desde un punto de vista personal, social e intelectual.

Para desarrollar estas funciones, necesariamente el docente debe estar enamorado de su profesión y de la cultura. Este constituye el mejor marco para promover en las nuevas generaciones «*la aventura del conocimiento, la búsqueda y el contraste crítico y reflexivo, el amor por el saber y el respeto a la diversidad y a la creación. Vivir la cultura crítica es amarla, reproducirla y disfrutarla tanto como trabajarla y recrearla en cada disciplina, en cada problema, en cada huella, en cada proyecto*». (Pérez Gómez, 2007)

Como afirma Etcheverry (2000), el motor central del aula siguen siendo buenos profesionales, encargados de dar testimonio, en cada circunstancia particular, del valor humano del conocer. La educación es un tesoro para el futuro de cualquier país, los recortes educativos no ayudarán a promover las condiciones educativas mínimas que la construcción del ciudadano crítico y autónomo necesita. Potenciar el capital humano no es un gasto, es una inversión y produce desarrollo social y éxito académico, así lo muestran todas las pruebas y evaluaciones externas donde la variable sociocultural es la que realmente define el desarrollo o nivel educativo de un país.

Referencias:

Etcheverry G.J. (2000) *La tragedia educativa*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.

Finkielkraut, (1993) *La derrota del pensamiento*. Anagrama, Barcelona.

Maturana, H. Y Gutiérrez H. (2007) *Educación, mercantilismo: consecuencias para la sociedad*. Cooperación Educativa. Número 84 Abril/Mayo. (pp. 7-10)

MERIEU, Ph. (1998), *Frankenstein educador*. Barcelona. Laertes.

Pérez Gómez, A. I. (1998) *La cultura escolar en la sociedad neoliberal*. Morata, Madrid.

PÉREZ GÓMEZ, A.I. (2003) *Más allá del academicismo. Los desafíos de la escuela en la era de la información y de la perplejidad*. Universidad de Málaga. SPICUM

PÉREZ GÓMEZ, Á. I. (2007) *La naturaleza de las competencias básicas y sus implicaciones pedagógicas*. Cuadernos de Educación de Cantabria. Consejería de Educación. Gobierno de Cantabria.

STODARD (2009) *Educating for Human Gratitude*. Sarasota (Florida) Peppertree Press, LLC

WELLS y CLAXTON, G. (2002) *Learning for life in the 21st Century*. New York. –teachers College.

*Encarnación Soto Gómez es Profesora Titular en el
Departamento de Didáctica y organización escolar de la
Universidad de Málaga*